

que Apio Claudio habia distribuido en todas, adquirió el renombre de muy grande (1). Los censores echaban la vista todos los quinquennios sobre la situacion actual de la república, y distribuian al pueblo en sus diversas tribus, de tal modo que los tribunos y ambiciosos no podian hacerse dueños de los votos, y que el pueblo mismo no podia abusar de su poder.

El gobierno de Roma fué admirable en cuanto, desde su origen, su constitucion se halló tal, sea por el espíritu del pueblo, la fuerza del senado, ó la autoridad de ciertos magistrados, que todo abuso del poder pudo corregirse allí siempre.

Cartago pereció porque, cuando fué preciso cercenar los abusos, no pudo sufrir la mano de su Anibal mismo. Atenas cayó, porque sus errores le parecieron tan dulces que no quiso desecharlos. Y entre nosotros, las repúblicas de Italia que se alaban de la perpetuidad de su gobierno, no deben alabarse mas que de la perpetuidad de sus abusos: por lo mismo no tienen mas libertad que la que tuvo Roma en tiempo de los decemvros (2).

El gobierno de Inglaterra es mas sabio, porque hay un cuerpo que le examina continuamente, y que se examina de continuo á sí mismo:

(1) Véase Tito Livio, lib. IX, cap. 46.

(2) Ni aun mas poder.

y sus errores son tales, que no son nunca largos; y que, por el espíritu de atencion que ellos comunican á la nacion, son útiles á menudo.

En una palabra, un gobierno libre, es decir, siempre agitado, no puede mantenerse si no es capaz de correccion por sus propias leyes.

## CAPITULO IX.

### *Dos causas de la pérdida de Roma.*

CUANDO la dominacion de Roma estaba limitada á la Italia, podia subsistir fácilmente la república. Todo soldado era prontamente ciudadano; cada cónsul tenia un ejército; y otros ciudadanos iban á la guerra bajo el mando del que sucedia. No siendo excesivo el número de las tropas, se ponía atencion en no recibir en el servicio militar mas que á gentes que tuviesen suficientes bienes para interesarse en la conservacion de la ciudad (1). Ultimamente, el senado

(1) Los libertos, y los que se llamaban *capite censi*, porque teniendo poquísimo caudal, no pagaban contribucion mas que por su persona, no fueron alistados desde luego en la tropa de tierra, fuera de los casos urgentes. Servio Tulio los habia agregado á la sexta clase, y no se tomaban soldados mas que en las cinco primeras. Pero partiendo Mario contra Jugurta, alistó á todos indistintamente. *Milites scribere, dice Salustio, non more majorum neque classibus, sed ut cujusque*

velaba sobre la conducta de los generales, y les quitaba el pensamiento de hacer nada contra su obligacion.

Pero cuando las legiones pasaron los Alpes y el mar, los militares á los que habia necesidad de dejar durante muchas campañas en los países que se sujetaban, perdiéron poco á poco el espíritu de ciudadanos; y los generales, que dispusieron de los ejércitos y reinos, conocieron su fuerza, y no pudieron obedecer ya.

Los soldados comenzaron pues á no reconocer mas que á su general, á fundar todas sus esperanzas en él, y á tener mas distante la ciudad. No fueron ya los soldados de la república, sino los de Sila, Mario, Pompeyo, César. Roma no pudo saber ya si el que estaba al frente de un ejército era su general ó su enemigo.

Mientras que el pueblo de Roma no fué corrompido mas que por sus tribunos, á quienes él no podia acordar mas que su poder mismo, el senado pudo defenderse fácilmente, porque obraba con constancia; en vez de que el populacho pasaba incesantemente del extremo del ardor al de la debilidad. Pero luego que el pueblo pudo dar á sus favoritos una formidable au-

*libido erat, capite censos plerosque. De bello Jugurth.* Repárese que en las divisiones por tribus, los que estaban en las cuatro de la ciudad, eran casi los mismos que, en la division por centurias, estaban en la sexta clase.

toridad en lo exterior, toda la sabiduría del senado fué inútil, y se perdió la república.

Si los estados libres duran ménos que los otros, nace de que los desastres y prosperidades que les acaecen les hacen perder casi siempre su libertad; en vez de que las desgracias y triunfos de un estado en que está sujeto el pueblo confirman igualmente su servidumbre. Una sabia república no debe aventurar nada que la esponga á la buena ó mala fortuna; y el único bien á que ella debe aspirar, es la perpetuidad de su estado.

Si la grandeza del imperio perdió la república, la grandeza de la ciudad no la perdió ménos.

Roma habia avasallado toda la tierra con el auxilio de los pueblos de Italia, á los que ella habia dado, en diferentes tiempos, varios privilegios (1). Los mas de estos pueblos habian hecho poco caso en el principio del derecho de vecindad entre los Romanos; y algunos quisieron mas guardar sus usos (2). Pero luego que este derecho hubo sido el de la soberanía universal, que no fué uno nada en el mundo si no era ciudadano romano, y que lo era todo con

(1) *Jus Latii, jus italicum.*

(2) Los Ecuos decian en sus asambleas: los que pudieron escoger, prefirieron su ley al derecho de la ciudad romana, que fué una pena necesaria para los que no pudieron eximirse de ello.

este título, los pueblos de Italia resolvieron pe-  
recer ó ser Romanos : no pudiendo conseguirlo  
por la via de las cabalas y ruegos, tomaron la  
de las armas; se subleváron en toda aquella  
parte que mira al mar Ionio; y los otros aliados  
iban á seguirlos (1). Obligada Roma á pelear  
contra aquellos que eran, por decirlo así, las  
manos con que ella encadenaba el orbe, estaba  
perdida; iba á reducirse á sus murallas; acordó  
aquel tan deseado derecho á los aliados que no  
habian cesado todavía de ser fieles (2); y poco  
á poco le concedió á todos.

No fué ya entónces Roma aquella ciudad cuyo  
pueblo no habia tenido mas que un mismo espí-  
ritu, un mismo amor de la libertad, un mismo  
odio á la tiranía, en que mezclados siempre con  
el respeto aquellos zelos del poder del senado,  
y de las prerogativas de los grandes, no eran  
mas que un amor de la igualdad. Los pueblos  
de Italia se habian hecho ciudadanos suyos, ca-  
da ciudad trajo á ella su genio, sus intereses  
particulares, y su dependencia de algun gran

(1) Los Asculanos, Marsos, Vestinos, Marrucinos, Feren-  
tanos, Hirpinos, Pompeyanos, Venusianos, Iapiges, Luca-  
nienses, Samnites, y otros. Apiano, *de la Guerra civil*,  
lib. I, cap. 33.

(2) Los Toscanos, Ombrianos, y Latinos. Esto movió á al-  
gunos pueblos á someterse; y como los hicieron tambien  
ciudadanos, otros depusieron todavía las armas; y no que-  
daron mas que los Samnites, que fueron exterminados.

protector (1). Dividida la ciudad, no formó ya  
un total unido; y como no era uno ciudadano  
mas que por una especie de ficción, como no se  
tenian ya los mismos magistrados, las mismas  
murallas, los mismos dioses, los mismos templos,  
las mismas sepulturas, no se vió ya Roma con  
los mismos ojos, no se tuvo el mismo amor de  
la patria, y no existieron ya las ideas romanas.

Los ambiciosos hicieron venir á Roma ciuda-  
des y naciones enteras para turbar los votos, ó  
hacérselos dar: las asambleas fueron verdaderas  
conjuraciones; diéron nombre de *comicios* á una  
cuadrilla de algunos sediciosos; la autoridad del  
pueblo, sus leyes, él mismo, se volviéron cosas  
quiméricas; y la anarquía fué tanta, que no  
pudo saberse ya si el pueblo habia dado un de-  
creto ó no le habia dado (2).

No se oye hablar en los autores mas que de  
las divisiones que acarrearón la ruina de Ro-  
ma; pero no se alcanza que ellas eran neces-  
arias, que habian existido siempre, y que de-  
bian existir siempre. Unicamente la grandeza de  
la república causó el mal, y convirtió en guerras  
civiles los tumultos populares. Era necesario  
ciertamente que hubiera divisiones en Roma; y

(1) Imagínese esta monstruosa cabeza de los pueblos de  
Italia, que, con el voto de cada hombre, conducía lo res-  
tante del mundo.

(2) Véase las cartas de Ciceron á Atico, lib. IV, carta 13.

aquellos guerreros tan ufanos, audaces, y terribles por afuera, no podían ser muy moderados en lo interior. El pedir en un estado libre gentes atrevidas en la guerra y tímidas en la paz, es querer cosas imposibles; y, por regla general, siempre que veamos sosegados á todos en un estado que se arroga el nombre de república, podemos estar seguros de que no reina la libertad allí.

Lo que se llama union en un cuerpo político es una cosa muy equívoca; la verdadera es una union de armonía que hace que todas las partes, por mas opuestas que nos parezcan concurren al bien general de la sociedad, como algunas disonancias en la música concurren al concierto total. Puede haber union en un estado en que no se cree ver mas que turbacion, es decir, una armonía de que resulte la felicidad, la cual sola es la verdadera paz. Sucede con esto como con las partes de este universo eternamente ligadas con la accion de las unas y la reaccion de las otras.

Pero en la armonía del despotismo asiático, es decir, de cuanto gobierno no es moderado, hay siempre una division real. El labrador, el militar, el negociante, el magistrado, el noble, no están unidos mas que porque los unos oprimen á los otros sin resistencia; y si se ve allí alguna union, no son ciudadanos que están uni-

dos, sino cuerpos muertos sepultados los unos al lado de los otros.

Es verdad que las leyes de Roma se volvieron insuficientes para gobernar la república; pero es una cosa que se vió siempre, que algunas buenas leyes, que hicieron que una pequeña república se engrandeciese, le fuéron gravosas cuando se engrandeció; á causa de que ellas eran tales que su efecto natural era formar un gran pueblo, pero no gobernarle.

Hay mucha diferencia entre las leyes buenas y las leyes convenientes; las que hacen que un pueblo se haga dueño de los otros, y las que mantienen su poder cuando él le ha adquirido.

Hay ahora en el mundo una república que casi nadie conoce (1), y que, con secreto y silencio, aumenta sus fuerzas diariamente. Es cierto que si ella llega en algun tiempo al estado de grandeza á que su sabiduría la destina, mudará necesariamente sus leyes; no será la obra de un legislador, sino la de la corrupcion misma.

Roma estaba formada para engrandecerse, y sus leyes eran admirables para ello. Por lo mismo, bajo cuantos gobiernos estuvo ella, sea el aristocrático, sea el popular, no cesó jamas de hacer empresas que requerian buena direccion, y salió bien en ellas. No se halló mas sabia

(1) El canton de Berna.

que los otros estados de la tierra en un día, sino continuamente; sostuvo una pequeña, una mediana, y una grande fortuna, con la misma superioridad; y no tuvo prosperidad de que ella no se aprovechara, ni desgracia de que no se sirviera.

Perdió su libertad, á causa de que acabó muy pronto su obra.

## CAPITULO X.

### *De la corrupcion de los Romanos.*

CREO que la secta de Epicuro, que se introdujo en Roma hácia el fin de la república, contribuyó mucho á depravar el entendimiento y voluntad de los Romanos (1). Ella habia infatuado ántes de ellos á los Griegos, quienes por lo mismo se corrompiéron mas pronto. Polibio nos dice que, en su tiempo, los juramentos no podían infundir confianza á un Griego, en vez de que dejaban encadenado por decirlo así á un Romano (2).

(1) Habiendo perorado de eso Cineas en la mesa de Pirro, desató Fabricio que los enemigos de Roma pudiesen todos tomar las máximas de semejante secta. Plutarco, *Vida de Pirro*, tom. IV, p. 178.

(2) « Si prestais á los Griegos un talento con diez promesas, diez fiadores, y otros tantos testigos, es imposible que

Hay un hecho en las cartas de Ciceron á Atico (1), que nos muestra, cuanto se habian mudado los Romanos, en este particular, desde el tiempo de Polibio.

« Memmio, dice, acaba de comunicar al senado el convenio que su competidor y él habian hecho con los cónsules, por el que estos se habian obligado á favorecerlos en la pretension del consulado para el siguiente año; y ellos, por su parte, se obligaban á pagar á los cónsules cuatrocientos mil sestercios si no les facilitaban tres augures que declarasen que ellos estaban presentes cuando el pueblo habia hecho la ley curiata (2), aunque él no habia hecho ninguna, y dos consulares que afirmasen haber asistido á la firma del *senado-consulta*, que arreglaba el estado de sus provincias, aunque no habia habido ninguno. » ¡ Cuantos pícaros en un solo contrato!

Ademas de que la religion es siempre el mejor

guarden su fe; pero entre los Romanos, sea que deba darse cuenta de los caudales públicos ó de los particulares, es uno fiel á causa del juramento que ha hecho. Se estableció pues sabiamente el temor de los infiernos, y le impugnan sin razon hoy dia. » Polibio, lib. VI, cap. 56.

(1) Lib. IV, carta 18.

(2) La ley curiata daba el poder militar, y el *senado-consulta* arreglaba las tropas, el dinero, los oficiales, que el gobernador debia tener; pero los cónsules, para que todo esto se hiciera á su antojo, querian forjar una ley y *senado-consulta* falsos.

garante que pueda tenerse de los hombres, habia esto de particular entre los Romanos, que ellos mezclaban algun afecto religioso al amor que profesaban á su patria. Aquella ciudad, fundada bajo los mejores auspicios, aquel Rómulo, su rey y dios, aquel Capitolio eterno como la ciudad, habian hecho en otros tiempos sobre el ánimo de los Romanos una impresion que hubiera sido de desear que ellos hubiesen conservado.

La grandeza del estado hizo la grandeza de las fortunas particulares. Pero como la opulencia está en las costumbres y no en las riquezas, las de los Romanos, que no dejaban de tener límites, produjéron un lujo y profusiones que no los tenian (1). Los que se habian corrompido al principio con sus riquezas, se corrompiéron despues con su pobreza. Con unos bienes superiores á una condicion privada, fué difícil ser buen ciudadano; con los deseos y pesares de un gran caudal arruinado, estuvo uno dispuesto á todos los atentados, y, como dice Salustio (2), se vió

(1) La casa que Cornelia habia comprado por setenta y cinco mil dracmas, se compró, poco tiempo despues, por Lúculo en dos millones y quinientas mil. Plutarco, *Vida de Mario*, tom. IV, p. 505.

(2) *Ut meritò dicatur genitos esse, qui nec ipsi habere possent res familiares, nec alios pati.* Fragmento de la historia de Salustio, sacado del libro de la ciudad de Dios, lib. II, cap. 18.

una generacion de gentes que no podian tener patrimonio, ni sufrir que otros le tuvieran.

No obstante esto, fuese la que se quisiese la corrupcion de Roma, no todas las desgracias se habian introducido en ella; porque la fuerza de su institucion habia sido tal, que ella conservó un valor heróico y toda su aplicacion á la guerra, en medio de la opulencia, molicie, y voluptuosidad; lo que no sucedió, en mi concepto, á ninguna nacion del mundo.

Los ciudadanos romanos miraban el comercio (1) y las artes como ocupaciones de esclavos (2); y no los ejercian. Si hubo algunas excepciones, no fué mas que por parte de algunos libertos, que continuaban su primera industria; pero en general, no conocian mas que el arte de la guerra, que era la única via para llegar á las magistraturas y honores (3). Así las virtudes guerreras permaneciéron despues que se hubieron perdido todas las demas.

(1) Rómulo no permitió mas que dos especies de ejercicios á las gentes libres, la agricultura y la guerra. Los mercados, los obreros, los que tenian una casa de alquiler, los taberneros, no eran del número de los ciudadanos. Dionisio de Halicarnaso, lib. II, p. 38; *idem*, lib. IX.

(2) Ciceron da las razones de ello en sus *Oficios*, lib. I, cap. 42.

(3) Era necesario haber servido diez años entre la edad de diez y seis y la de cuarenta y siete. Véase Polibio, lib. VI, cap. 19.

## CAPITULO XI.

## 1. De Sila. 2. De Pompeyo y de César.

SUPlico que se me de licencia para apartar la vista de los horrores de las guerras de Mario y Sila, cuya horrenda historia se hallará en Apiano. Además de los zelos, ambicion y crueldad de los dos caudillos, cada Romano estaba furioso; los nuevos ciudadanos y los antiguos no se miraban ya como los miembros de una misma república (1), y se hacían una guerra que por efecto de un carácter particular, era intestina y estrangera juntamente.

Sila hizo leyes muy propias para desterrar la causa de los desórdenes que se habían visto; ellas aumentaban la autoridad del senado, moderaban el poder del pueblo, y arreglaban el de los tribunos. Pareció que la fantasía que le hizo dejar la dictadura restituía la vida á la república; pero, en la furia de sus triunfos, había hecho

(1) Como Mario, para hacerse dar el encargo de la guerra contra Mitridates en perjuicio de Sila, había agregado, con el auxilio del tribuno Sulpicio, las ocho nuevas tribus de los pueblos de Italia á las antiguas, con lo que los Italianos eran dueños de los votos, los mas de ellos seguían el partido de Mario, mientras que el senado y antiguos ciudadanos seguían el de Sila.

cosas que imposibilitáron á Roma para conservar su libertad.

Arruinó toda la disciplina militar en su expedicion de Asia; habituó sus tropas á las rapiñas (1), y les dió necesidades de que ellas carecían; corrompió una vez á unos soldados que debían corromper á los capitanes en adelante.

Entró en Roma de mano armada, y enseñó á los generales romanos á profanar el asilo de la libertad (2).

Dió las tierras de los ciudadanos á los soldados (3), y les hizo codiciosos para siempre; porque, desde aquel momento, no hubo ya un militar que no esperase una ocasion que pudiese poner en su poder los bienes de sus conciudadanos.

Inventó las proscripciones, y condenó á cuantos no eran de su partido. No fué ya posible desde entónces tener apego á la república; porque entre dos hombres ambiciosos y que disputaban sobre la victoria, los que eran neutrales y partidarios de la libertad, estaban seguros de ser

(1) Véase en la conjuración de Catilina, cap. 11 y 12, la pintura que Salustio nos hace de este ejército.

(2) *Fugatis Marii copiis, primus urbem romanam cum armis ingressus est.* Fragmento de Juan de Antioquia, en el *Estracto de las virtudes y vicios.*

(3) Se distribuyó ciertamente al principio una parte de las tierras de los enemigos vencidos; pero Sila daba las de los ciudadanos.

proscriptos por aquel de ámbos que quedara triunfante. La prudencia dictaba pues el adherirse á uno de los dos.

Vino tras él, dice Cicerón (1), un hombre que en una causa impía y una victoria mas ignominiosa todavia, no solamente confiscó los bienes de los particulares, sino que tambien envolvió en la misma calamidad á provincias enteras.

Pareció que al dejar Sila la dictadura, no habia querido mas que vivir bajo la proteccion de sus propias leyes; pero aquella accion misma era una consecuencia de sus violencias. Habia dado establecimientos á cuarenta y siete legiones en diversos territorios de Italia. Mirando aquellas gentes, dice Apiano, su fortuna como unida con su vida, cuidaban de su seguridad, y estaban dispuestas siempre á defenderle (2).

Debiendo perecer necesariamente la república, no se trataba mas que de saber como y por quien seria abatida.

Dos hombres, igualmente ambiciosos, excepto que el uno no sabia encaminarse hácia su fin tan directamente como el otro, obscurecieron con su crédito, y virtudes, á todos los demas ciudadanos. Pompeyo se presentó el primero; César le siguió de cerca.

(1) *Oficios*, lib. II, cap. 8.

(2) Puede verse lo que acaeció despues de la muerte de César.

Pompeyo, para cautivarse el favor, mandó anular las leyes de Sila que cercenaban el poder del pueblo; y, luego que hubo hecho á su ambicion un sacrificio de las leyes mas saludables de su patria, obtuvo cuanto quiso; y con respecto á él fué ilimitada la temeridad del pueblo.

Las leyes romanas habian distribuido sabiamente la autoridad pública en un sinnúmero de magistraturas, que se sostenian, reprimian, y templaban unas á otras; y como no tenian todas mas que un poder limitado, todos los ciudadanos eran buenos para obtenerlas; y viendo el pueblo pasar por delante de sí á muchos personajes, no se acostumbraba á ninguno de ellos. Pero se mudó en aquellos tiempos el sistema de la república; los mas poderosos lograron que el pueblo les diese comisiones extraordinarias; lo que arruinó la autoridad popular, la de los magistrados, y puso todos los negocios mayores en poder de uno solo, ó de pocas gentes (1).

Si hubo necesidad de hacer la guerra á Sertorio, la encargaron á Pompeyo. Si la hubo de hacerla á Mitridates, todos gritaron Pompeyo. Si fué preciso hacer venir granos á Roma, se tuvo perdido el pueblo si no daba este encargo á Pompeyo. Si se quiso destruir á los piratas, no echaron mano mas que de Pompeyo.

(1) *Plebis opes imminutæ, paucorum potentia crevit. Sallustio, de conjurat. Catil., cap. 39.*

Y cuando César hizo la amenaza de invadir, el senado gritó sucesivamente, y no esperó mas que en Pompeyo.

«Creo ciertamente (decia Marco (1) al pueblo) que Pompeyo, al que los nobles esperan, querrá mas asegurar vuestra libertad que su dominacion; pero hubo un tiempo en que cada uno de vosotros debia tener la proteccion de muchos, y no todos la proteccion de uno solo, y en el que era inaudito que un mortal pudiese dar ó quitar semejantes cosas.»

En Roma, formada para engrandecerse, habia sido menester reunir en las mismas personas los honores y el poder; lo que, en tiempos turbulentos, podia fijar la admiracion del pueblo sobre un solo ciudadano.

Cuando se conceden algunos honores, se sabe precisamente lo que se da; pero cuando se les agrega el poder no puede decirse hasta que grado se llegará en ello.

Dadas algunas excesivas preferencias á un ciudadano en una república, tienen siempre efectos necesarios; engendran la envidia del pueblo, ó aumentan desmesuradamente su amor.

Volviendo Pompeyo por dos veces á Roma, dueño de oprimir á la república, tuvo la moderacion de licenciar sus ejércitos ántes de entrar

(1) Fragmento de la historia de Salustio.

en ella, y de presentarse como simple ciudadano. Estas acciones que le colmáron de gloria, fuéron causa en lo sucesivo, por mas cosas que él hiciera en perjuicio de las leyes, se declarara siempre en favor suyo el senado.

Pompeyo tenia una ambicion mas pausada y blanda que la de César. Este queria ir al poder soberano con las armas en la mano, al modo de Sila. No le agradaba á Pompeyo ésta manera de oprimir, aspiraba á la dictadura, pero por medio de los votos populares; no podia consentir en usurpar la potestad, pero hubiera querido que se la pusieran en las manos.

Como el favor del pueblo no es jamas constante, hubo tiempos en que Pompeyo vió disminuirse su crédito (1); y lo que le movió muy sensiblemente, unas gentes á quienes él menospreciaba aumentáron el suyo, y le empleáron contra él.

Esto le obligó á hacer tres cosas igualmente funestas; corrompió á puro dinero al pueblo, y puso un precio á los votos de los ciudadanos en las elecciones.

Ademas, se sirvió del mas vil populacho para turbar á los magistrados en sus funciones, esperando que causadas las gentes sabias de vivir en la anarquía, le crearían dictador por desesperacion.

(1) Véase Plutarco, *Vida de Pompeyo*, tom. VI, p. 103 y sig.

Ultimamente hizo union de intereses con César y Craso. Caton decia que no era su enemidad, sino su union lo que habia arruinado la república. En efecto, Roma se hallaba en aquel desgraciado estado en que la abrumaban ménos las guerras civiles que la paz, que reuniendo las miras é intereses de los principales, no formaba ya mas que una tiranía.

Pompeyo no prestó prontamente su crédito á César; pero, sin advertirlo, se le sacrificó. César empleó contra Pompeyo bien presto las fuerzas que él le habia dado, y sus artificios mismos; turbó la ciudad con sus emisarios, y se hizo dueño de las elecciones: cónsules, pretores, tribunos, todos se compraron al precio que ellos mismos pusieron.

El senado, que vió claramente los designios de César, recurrió á Pompeyo; rogóle que tomara la defensa de la república, si era posible dar este nombre á un gobierno que solicitaba la proteccion de uno de sus ciudadanos.

Creo que lo que perdió mas especialmente á Pompeyo, fué la vergüenza que tuvo de pensar en que al elevar César, como él lo habia hecho, habia carecido de prevision. Se habituó á esta idea lo mas tarde que le fué posible; no hacia disposicion ninguna, para no confesar que se habia puesto en peligro; sostenia en el senado que César no se atreveria á hacer la guerra; y,

á causa de haberlo dicho tantas veces, lo repetia siempre.

Parece que una cosa le habia puesto á César en estado de emprenderlo todo, y es que por una fatal conformidad de nombre, se le habia añadido á su gobierno de la Galia cisalpina el de la Galia transalpina.

La política no habia permitido que hubiera ejércitos cerca de Roma; pero ella no habia sufrido tampoco que la Italia estuviera enteramente desguarnecida de tropas: esto fué causa de que se tuvieran fuerzas considerables en la Galia cisalpina, es decir, en el pais que hay desde el Rubicon, riachuelo de la Romaña, hasta los Alpes. Pero para asegurar la ciudad de Roma contra estas tropas, se hizo el célebre *senado-consulta*, que se ve todavía grabado en el camino de Rimini á Cesena, por el que se destinaba á los dioses infernales y se declaraba sacrilego y parricida cualquiera que, con una legion, ejército, ó cohorte pasara el Rubicon.

A un gobierno tan importante que tenia estrechada la ciudad, se le agregó otro mas considerable todavía; era el de la Galia transalpina, que comprendia los paises meridionales de la Francia, que, habiendo proporcionado á César la ocasion de hacer la guerra por espacio de muchos años á cuantos pueblos quiso, hizo que sus soldados se envejecieran bajo su mando, y

que él no los conquistara ménos que á los bárbaros. Si César no hubiera tenido el gobierno de la Galia transalpina, no hubiera corrompido á sus soldados, ni hecho respetable su nombre con tantas victorias. Si no hubiera tenido el de la Galia cisalpina, Pompeyo hubiera podido tenerle en el paso de los Alpes; en vez de que, desde el principio de la guerra, se vió precisado á abandonar la Italia; lo cual hizo perder á su partido la reputacion, que es el poder mismo en las guerras civiles.

El mismo espanto que causó Anibal en Roma despues de la batalla de Canes, le causó César cuando pasó el Rubicon. Perdido Pompeyo, no vió mas partido que tomar en los primeros momentos de la guerra, que el que queda en los negocios desesperados; no supo mas que ceder y huir; se salió de Roma, dejando allí el tesoro público; no pudo retardar en parte ninguna al vencedor; abandonó parte de sus tropas, toda la Italia, y pasó el mar.

Hablan mucho de la fortuna de César; pero este hombre extraordinario tenia tantas prendas raras sin siquiera un defecto, aunque tenia muchos vicios, que hubiera sido muy difícil, cualquiera ejército que él hubiera mandado, que no hubiese sido vencedor, y que, en cualquiera república que hubiera nacido, no la hubiese gobernado,

César, despues de haber derrotado á los tenientes de Pompeyo en España, fué á buscarle á él mismo en Grecia. Pompeyo, que tenia la costa del mar y fuerzas superiores, se hallaba en visperas de ver destruido el ejército de César por la miseria y hambre; pero como tenia en eminente grado el flaco de querer ser aprobado, no podia ménos de prestar el oido á los vanos discursos de sus gentes que le zumbaban ó acusaban incesantemente (1). Quiere, decia el uno, perpetuarse en el mando, y ser, como Agamemnon, el rey de los reyes. Os prevengo, reponia otro, que este año no comerémos los higos de Túsculo. Algunos triunfos particulares que él logró, acabáron de volver la cabeza á aquella tropa senatoria. Así, para no ser censurado, hizo una cosa que los venideros censurarán siempre, sacrificó tantas ventajas, para ir á pelear con soldados bisonños contra un ejército que habia vencido tantas veces.

Luego que se hubieron retirado á Africa las reliquias de Farsalia, Cipion, que las mandaba, no quiso seguir jamas el dictámen de Caton de ir dando largas en la guerra; sino que inflado con algunas ventajas, lo aventuró y perdió todo: y luego que Bruto y Casio hubieron restablecido

(1) Véase Plutarco, *Vida de Pompeyo*, tom. VI, p. 248.

este partido, la misma precipitacion causó por tercera vez la ruina de la república (1).

Se notará que, en estas guerras civiles que duráron por tanto tiempo, se aumentó de continuo el poder de Roma en lo exterior. Mas terrible siempre Roma bajo Mario, Sila, Pompeyo, César, Antonio, y Augusto, acabó destruyendo á cuantos reyes quedaban todavía.

No hay estado que amenace tanto con una conquista á los otros, como el que se halla en los horrores de las guerras intestinas. Todos, el noble, plebeyo, artesano, labrador, se vuelven soldados en ellas; y cuando, con la paz, se reúnen allí las fuerzas, este estado lleva una superioridad á todos los otros, que no tienen apénas mas que ciudadanos. Por otra parte, en las guerras civiles se forman hombres grandes con frecuencia; porque, en la confusion, los que tienen mérito se abren camino, cada uno se coloca y pone en su lugar; en vez de que en los demas tiempos, uno es colocado, y casi siempre enteramente al reves. Y, para pasar del ejemplo de los Romanos á otros mas recientes, no fuéron tan formidables nunca los Franceses por afuera, como despues de las contiendas de las casas de

(1) Esto está bien explicado en Apiano, *de la Guerra civil*, lib. IV, cap. 108 y sig. El ejército de Octavio y Antonio hubiera perecido de hambre, si no se hubiera dado la batalla.

Borgoña y Orleans, despues de los disturbios de la liga, despues de las guerras civiles de la minoridad de Luis XIII y de la de Luis XIV. Jamas fué tan respetable la Inglaterra como en tiempo de Cromwel despues de las guerras del largo parlamento. Los Alemanes no se hiciéron superiores á los Turcos mas que despues de las guerras civiles de la Alemania. Los Españoles, bajo Felipe V, desde luego despues de la guerras civiles de la sucesion, mostráron en Sicilia una fuerza que dejó atónita á la Europa; y vemos hoy dia que la Persia renace de la guerra civil y humilla á los Turcos.

Fué oprimida por último la república; de lo que no es necesario acusar á la ambicion de algunos particulares, sino al hombre, siempre mas ansioso del poder á proporcion que tiene mas, y que no lo desea todo mas que á causa de que posee mucho.

Si César y Pompeyo hubieran pensado como Caton, otros hubieran pensado como hiciéron César y Pompeyo; y destinada la república á perecer, hubiera sido arrastrada por otra mano al precipicio.

César perdonó á todos; pero me parece que la moderacion que uno manifiesta despues de haberlo usurpado todo, no es digna de grandes elogios.

Por mas que hayan dicho de su diligencia

después de la batalla de Farsalia, Ciceron le acusa de lentitud y corrazon. Dice á Casio que ellos no hubieran creído jamas que el partido de Pompeyo se hubiera reparado así en España y Africa, y que á prever que César se hubiera divertido tanto en su guerra de Alejandria, no hubieran hecho su paz, y se hubieran retirado con Cipion y Caton á Africa (1). Así un loco amor le hizo sufrir cuatro guerras; y no previniendo las dos últimas, puso en duda lo que se habia decidido en Farsalia.

César gobernó al principio bajo diversos títulos de magistraturas, porque los hombres no se dejan mover apénas mas que de nombres. Y como los pueblos de Asia aborrecian los de cónsul y procónsul, los de Europa detestaban el de rey, de modo que estos nombres formaban la dicha ó desesperacion de toda la tierra en aquellos tiempos. No dejó de probar César el hacerse poner la diadema en la cabeza; pero viendo que el pueblo suspendia sus aclamaciones, la desechó. Hizo ademas otras tentativas (2): y no puedo comprender que él pudiese creer que los Romanos, por sufrirle tirano, fuesen por ello amantes de la tiranía, ó creyesen haber hecho lo que habian hecho.

Un dia en que el senado le conferia ciertos

(1) *Cartas familiares*, lib. XV, carta 15.

(2) Suprimió los tribunos del pueblo.

honores, omitió el levantarse; con lo que los mas graves de aquel cuerpo acabaron de perder la paciencia.

Nunca ofendemos mas á los hombres que cuando chocamos con sus ceremonias y estilos. Tratemos de oprimirlos, es á veces una prueba del aprecio con que los miramos; pero si ofendemos sus prácticas, es siempre una señal de menosprecio.

Enemigo del senado César en todos tiempos, no pudo ocultar el desprecio que tenia concebido contra este cuerpo, que se habia hecho casi ridiculo desde que carecia ya de autoridad; con ello su clemencia misma fué insultante. Se consideró que él no perdonaba, sino que se desdénaba de castigar.

Vino en su menosprecio hasta el grado de hacer por sí mismo los senado-consultos; firmandolos con el nombre de los primeros senadores que le ocurrían en el ánimo. «Llego á saber algunas veces, dice Ciceron (1), que un senado-consulta, acordado con dictámen mio, se hizo público en Siria y Armenia, ántes que yo haya sabido que se haya hecho; y muchos príncipes me escribieron cartas congratulatorias por haber sido yo de dictámen que se les diera el titulo de reyes, que no solamente me hallaba ignorante

(1) *Cartas familiares*, lib. III, carta 15.

de que lo fueran también de que existieran en el mundo. »

Puede verse en las cartas de algunos hombres insignes de aquel tiempo (1), que se pusieron bajo el nombre de Ciceron, porque las mas son suyas, el abatimiento y desesperacion de los principales ciudadanos de la república á esta repentina revolucion, que los privó de sus honores y aun ocupaciones; cuando estando sin funcion el senado, no pudieron esperar ya mas que en el gabinete de uno solo aquel crédito que ellos habian tenido en toda la tierra: lo cual se ve mejor en estas cartas que en los discursos de los historiadores. Son ellas la obra maestra de naturalidad de gentes unidas por un dolor comun, y de un siglo en que la falsa política no habia empleado la mentira en todas partes; últimamente, no se ven allí, como en las mas de nuestras cartas modernas, gentes que quieren engañarse, sino amigos desgraciados que tratan de decirselo todo.

Era muy difícil que César pudiera defender su vida; los mas de los conjurados eran de su partido, y estaban colmados de beneficios por él (2); y la razon de ello es bien na-

(1) Véanse las cartas de Ciceron y de Servio Sulpicio.

(2) Décimo Bruto, Cayo Casca, Trebonio, Tulio Cimber, Minucio Basilo, eran amigos de César. Apiano, *de bello civili*, lib. II, cap. 113.

tural. Habian hallado grandes utilidades en su victoria; pero cuanto mejor se volvía su fortuna, tanta mayor parte comenzaban á tener en la desgracia pública (1): porque á un hombre que no tiene nada, le importa bastante poco, bajo ciertos aspectos, el vivir bajo este ó aquel gobierno.

Ademas, habia un cierto derecho de gentes, una opinion establecida en todas las repúblicas de Grecia é Italia, que hacia mirar como á un hombre virtuoso al asesino del que habia usurpado la soberana potestad. En Roma, especialmente, desde la espulsion de los reyes, la ley era terminante, los ejemplos admitidos; la república armaba el brazo de cada ciudadano, le hacia magistrado por el momento, y le autorizaba para su defensa.

Bruto se atrevió ciertamente á decir á sus amigos que, aun cuando su padre volviera á la tierra, le mataria igualmente (2); y aunque este espíritu de libertad se perdía poco á poco con la continuacion de la tiranía, renacían siempre las conjuraciones al principio del reinado de Augusto.

(1) No hablo de los satélites de un tirano, que quedarían perdidos despues de él, sino de sus compañeros en un gobierno libre.

(2) Cartas de Bruto, en la coleccion de las de Ciceron, carta, 16.

Era un amor dominante de la patria, que saliendo de las reglas ordinarias de los delitos y virtudes, no escuchaba mas que á sí solo, y no veia á ciudadano, amigo, bienhechor, ni padre: parecia que la virtud se propasaba para sobrepujarse á sí misma; y ella hacia mirar como divina una accion que no podia aprobarse desde luego, á causa de que era atroz.

En efecto, ¿podia el delito de César, que vivia en un gobierno libre, castigarse de otro modo que por medio de un asesinato? Y el preguntar porque no le habian perseguido á viva fuerza ó por la via legal ¿no es pedir razon de sus delitos?

## CAPITULO XII.

*Del estado de Roma despues de muerto César.*

Era tan imposible que la república pudiera restablecerse, que sucedió, lo que nunca se habia visto, que no hubo ya tirano, y que no hubo libertad; porque subsistian siempre las causas que la habian destruido.

Los conjurados no habian formado el plan sino para la conjuración, sin hacer ninguno para sostenerla.

Despues de hecha la accion, se retiraron al

capitolio; no se juntó el senado; y al siguiente dia, Lépido, que buscaba los disturbios, se apoderó de la plaza romana con gentes armadas.

Los soldados veteranos, que temian que se repitiesen los donativos inmensos que ellos habian recibido, entraron en Roma: lo que fué causa de que el senado aprobara todos los actos de César; y que, conciliando los extremos, acordara un indulto á los conjurados; y esto produjo una paz falsa.

Preparándose César, ántes de su muerte para su espedicion contra los Partos, habia nombrado á varios magistrados para muchos años, á fin de tener gentes suyas que mantuviesen la tranquilidad de su gobierno: así, despues de su muerte, los de su partido se reconocieron con recursos para mucho tiempo.

Como el senado habia aprobado sin restriccion todos los actos de César, y encargado su ejecucion á los cónsules, Antonio, que lo era, se apoderó del libro de cuentas de César, ganó á su secretario, é hizo escribir en él cuanto quiso: de modo que el dictador reinaba mas imperiosamente que durante su vida; porque, lo que él no hubiera hecho jamas, la hacia Antonio; daba Antonio el dinero que César no hubiera dado nunca; y cuanto hombre tenia malas intenciones contra la república, hallaba de repente una remuneracion en los libros de César.